



Palabra Dominical XXVI Domingo del tiempo Ordinario

Antífona de entrada

Dn 3, 31. 29. 30. 43. 42

Todo lo que hiciste con nosotros, Señor, es verdaderamente justo, porque hemos pecado contra ti y hemos desobedecido tus mandatos; pero haz honor a tu nombre y trátanos conforme a tu inmensa misericordia.

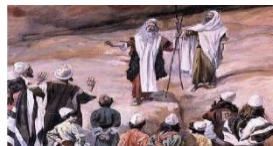
Se dice Gloria.

Oración Colecta

Señor Dios, que manifiestas tu poder de una manera admirable sobre todo cuando perdonas y ejerces tu misericordia, multiplica tu gracia sobre nosotros, para que, apresurándonos hacia lo que nos prometes, nos hagas partícipes de los bienes celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo ...

Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta.

Del libro de los Números: 11, 25-29



En aquellos días, el Señor descendió de la nube y habló con Moisés. Tomó del espíritu que reposaba sobre Moisés y se lo dio a los setenta ancianos. Cuando el espíritu se posó sobre ellos, se pusieron a profetizar.

Se habían quedado en el campamento dos hombres: uno llamado Eldad y otro, Medad. También sobre ellos se posó el espíritu, pues aunque no habían ido a la reunión, eran de los elegidos y ambos comenzaron a profetizar en el campamento.

Un muchacho corrió a contarle a Moisés que Eldad y Medad estaban profetizando en el campamento. Entonces Josué, hijo de Nun, que desde muy joven era ayudante de Moisés, le dijo: "Señor mío, prohíbeselo". Pero Moisés le respondió: "¿Crees que voy a ponerme celoso? Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta y descendiera sobre todos ellos el espíritu del Señor". *Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.*

Salmo responsorial

Del Salmo 18

R/. Los mandamientos del Señor alegran el corazón.

La ley del Señor es perfecta del todo y reconforta el alma; inmutables son las palabras del Señor y hacen sabio al sencillo. *R/.*

La voluntad de Dios es santa y para siempre estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. *R/.*

Aunque tu servidor se esmera en cumplir tus preceptos con cuidado, ¿quién no falta, Señor, sin advertirlo? Perdona mis errores ignorados. *R/.*

Presérvame, Señor, de la soberbia, no dejes que el orgullo me domine; así, del gran pecado tu servidor podrá encontrarse libre. *R/.*

Sus riquezas se han corrompido.

De la carta del apóstol Santiago: 5, 1-6

Lloren y lamentense, ustedes, los ricos, por las desgracias que les esperan. Sus riquezas se han corrompido; la polilla se ha comido sus vestidos; enmohecidos están su oro y su plata, y ese mohor será una prueba contra ustedes y consumirá sus carnes, como el fuego. Con esto ustedes han atesorado un castigo para los últimos días.

El salario que ustedes han defraudado a los trabajadores que segaron sus campos está clamando contra ustedes; sus gritos han llegado hasta el oído del Señor de los ejércitos. Han vivido ustedes en este mundo entregados al lujo y al placer, engordando como reses para el día de la matanza. Han condenado a los inocentes y los han matado, porque no podían defenderse. *Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.*



R. Aleluya, aleluya.

Tu palabra, Señor, es la verdad; santifícanos en la verdad.

R. Aleluya, aleluya.

El que no está contra nosotros, está a nuestro favor. - Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela.

Del santo Evangelio según san Marcos: 9,38-43.45. 47-48

En aquel tiempo, Juan le dijo a Jesús: "Hemos visto a uno que expulsaba a los demonios en tu nombre, y como no es de los nuestros, se lo prohibimos". Pero Jesús le respondió: "No se lo prohíban, porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, que luego sea capaz de hablar mal de mí. Todo aquel que no está contra nosotros, está a nuestro favor.

Todo aquel que les dé a beber un vaso de agua por el hecho de que son de Cristo, les aseguro que no se quedará sin recompensa.

Al que sea ocasión de pecado para esta gente sencilla que cree en mí, más le valdría que le pusieran al cuello una de esas enormes piedras de molino y lo arrojaran al mar.

Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela; pues más te vale entrar manco en la vida eterna, que ir con tus dos manos al lugar de castigo, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo; pues más te vale entrar cojo en la vida eterna, que con tus dos pies ser arrojado al lugar de castigo. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo; pues más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios, que ser arrojado con tus dos ojos al lugar de castigo, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga". *Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.*

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Oremos, hermanos, por la humanidad entera y por todas sus necesidades, para que a nadie falte nunca la ayuda de nuestra caridad.

Después de cada petición diremos: *Padre, escúchanos.*

- ✓ Para que el Señor vivifique su Iglesia y le conceda santos y numerosos ministros que iluminen y santifiquen a los fieles. *Oremos.*
- ✓ Para que crezcan en los corazones de los hombres y mujeres del mundo entero sentimientos de generosidad, de justicia, de bondad, de fortaleza y de ánimo *Oremos*
- ✓ Para que Dios conceda a los gobernantes el deseo de ser justos e infunda en los responsables de los pueblos el sentido de la unidad de la familia humana. *Oremos.*
- ✓ Para que los ricos escuchen la llamada de Dios a la conversión y recuerden que las riquezas de este mundo tienen que estar al servicio de todos. *Oremos.*
- ✓ Por una mayor justicia en nuestro mundo, que vele por las necesidades básicas de todos y asegure sus derechos, comenzando con el derecho a la vida. *Oremos.*
- ✓ Para que el Señor perdone nuestras culpas, no permita que recaigamos en el pecado y nos libre de una muerte imprevista. *Oremos.*

Dios nuestro, que no privas nunca a tu pueblo de profetas que anuncien el Evangelio, derrama el Espíritu sobre la Iglesia, tu nuevo Israel, para que todos los fieles, enriquecidos con tus dones, proclamen con valentía ante el mundo tus maravillas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre las Ofrendas

Concédenos, Dios misericordioso, que nuestra ofrenda te sea aceptable y que por ella quede abierta para nosotros la fuente de toda bendición. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión**Cfr Sal 118, 49-50**

Recuerda, Señor, la promesa que le hiciste a tu siervo, ella me infunde esperanza y consuelo en mi dolor.

Oración después de la Comunión.

Que este misterio celestial renueve, Señor, nuestro cuerpo y nuestro espíritu, para que seamos coherederos en la gloria de aquel cuya muerte, al anunciarla, la hemos compartido. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Reflexión

El domingo pasado ocupaban el foco de atención los discípulos que discutían sobre los primeros puestos,

mientras su maestro hablaba de entregar la vida, morir y resucitar. Hoy los protagonistas siguen siendo los discípulos, representados por Juan, quienes, no

comprenderían o no querían aceptar la universalidad de la salvación.

El problema de los «celos» venía desde antiguo. En el Libro de los Números ya se narra una historia parecida a la del evangelio. Moisés zanjará la cuestión diciendo: ¡Ojalá que todo el pueblo fuera profeta! (primera lectura). El evangelio de hoy nos enseña la amplitud de miras: la salvación de Dios es universal, como lo ha hecho saber Jesús en reiteradas ocasiones, porque, teniendo una mirada universal, descubre signos del bien aún en aquellos que no forman parte de su círculo inmediato. Por ello reprocha la tendencia de los discípulos a sentirse propietarios exclusivos del mensaje. Surgiendo esa reacción desde los discípulos,



el círculo más cercano a Cristo, nos representa perfectamente a quienes estando muy cerca de Dios, involucrados de lleno en su

Iglesia, pretendemos hacerla de jueces y dictaminar justicia, eligiendo a quienes sí pueden entrar al Reino de Dios y quienes se condenan o tienen imposibilitada su salvación. Jesús hoy nos advierte contra la intolerancia frente a los demás, aunque no sean tan buenos como nosotros. Muchas veces nos comportamos igual que los protestantes, quienes mandan al infierno a todo aquel que se profese católico. Dictamos justicia y condenamos a todo aquel que no forma parte de la Iglesia. No falta quien se tome al pie de la letra aquello de que "fuera de la Iglesia no hay salvación", y cierran las puertas del cielo a todo aquel que no sea católico. A ellos les recomendamos ir a leer el catecismo de la Iglesia Católica, en el numeral 846.

En nuestros tiempos hay muchos "Juanes" que se atreven a querer impedir que otros, no de los nuestros, hagan el bien; y por eso se alarman de que el papa Francisco tenga tanta apertura hacia los no católicos. No falta quien afirme que el papa, al ser tan abierto a estas religiones, esté actuando en contra de los proyectos de Dios mismo y esté transmitiendo una idea de que todo



Te puede interesar...

Mi deseo más grande es llegar al cielo, ¿cuál es el tuyo?

Queridos amigos lectores... ¿qué es lo que ustedes más quieren para sus vidas? ¿Qué es lo que más desean? Piensen un rato... no se apuren... ¿Han pensado tal vez en... felicidad? Bueno... está bien. Seguramente, la mayoría de ustedes ha pensado «ser feliz». Y está muy bien. Ahora, pregunto con una tonalidad un poco más cristiana, es decir, como una meta de vida cristiana. ¿Qué es lo que un cristiano desea en tanto se está esforzando por ser un buen discípulo de Cristo? Supongo que ahora, otros tantos pensaron en la santidad. ¡Muy bien! Es más, en algunos artículos, decíamos cómo la santidad es el «zapatito de cristal» donde encaja perfectamente la felicidad. Sin embargo, hace ya varios días que vengo pensando sobre algo más... una realidad espiritual muy concreta. Que debiera ser la primera respuesta que nos brota del corazón. Pero no sabía bien cómo escribir, para que no pareciera un cliché o sonara como algo idealista, desencarnado. Finalmente, llegué a la conclusión, que no hay que dar muchas vueltas:



Lo que más debemos desear es ¡ir al cielo! Es más... ¡estar ahora en el cielo! Podría parecerles obvio, pero pregúntense ¿por qué eso no es —seguramente para la mayoría de los que me están leyendo ahora— la primera respuesta que nos brota del corazón? Bueno, hace tan solo algunas semanas, no lo tenía así de claro en mi vida. Ocurrió un cambio importante en mi vida espiritual. Hace ya mucho tiempo que me queda claro el llamado a sostener una relación personal de amor con Cristo. En algún momento de mi vida, comprendí que la vida cristiana no es un moralismo,

es igual, que es lo mismo ser católico o protestante. Y los más radicales afirman que Francisco no es digno de ser papa. Si hubieran existido en los tiempos de Jesús, y escuchado de sus labios la afirmación del Evangelio de hoy, hubieran puesto el grito en el cielo y clamar a Dios para que mandara a otro Cristo, porque éste se había desviado, y estaba haciendo afirmaciones escandalosas y fuera de lugar.



No podemos negar que, en el mundo, fuera de la Iglesia Católica, hay muchísimas personas que hacen el bien y luchan cada día por una sociedad más libre, por lo tanto, no son nuestros adversarios y no nos debe incomodar el bien que hacen. El celo por Jesús no debe llevarnos al celo contra el prójimo. Y esos celos, en no muy pocas ocasiones, no va solo dirigido hacia los de fuera, a los que no están con nosotros, sino a los mismos que están



con nosotros. Usted tal vez habrá escuchado a algún sacerdote por ahí hablar en contra de otro hermano sacerdote, porque aquel tiene, por ejemplo, el don de

sanación o Dios le ha dado el poder expulsar demonios, realizar exorcismos y liberaciones. Ese mismo celo también se da entre laicos, porque Dios también usa a los laicos como instrumentos para poder realizar milagros y prodigios. Y no faltan los celos entre un grupo eclesial, al ver que en otro grupo de la misma Iglesia se den manifestaciones extraordinarias y sobrenaturales, que no se dan en el suyo, por lo que comienza una labor de descalificación y rivalidad. Si por rivalidades de grupo se pretende prohibir la acción a los que practican el bien (Evangelio), eso no se deduce de la enseñanza de Jesús: No se lo impidáis, porque uno que hace cosas buenas en mi nombre no puede luego hablar mal de mí (v. 39). La tolerancia no es mera virtud pasiva. En la acción tolerada puede haber mucho que aprender.



ni tampoco una conducta ética que nos mueve a un mero sentido del deber. Por su puesto están los Mandamientos, pero brotan de una adhesión cordial, afectiva, amorosa a la persona de Cristo. Quien es el «Camino, verdad y vida» (Juan 14, 6).

Un camino de felicidad «a prueba de balas». Es decir, no solo para los momentos más hermoso y maravillosos, sino también, en los que toca cargar pesadas cruces. Esta relación con Cristo, que me acercó al Padre y me abrió el corazón al Espíritu Santo, fue cambiando progresivamente mi vida. Pero, percibo ahora, que, de alguna forma sutil, he tenido mi mirada espiritual, todavía muy fija en este mundo. Aunque me he esforzado por vivir lo esencial —como dicen muchos autores espirituales— una profunda amistad con Cristo, no he tenido la consciencia explícita de mi llamado al cielo. Ni tampoco mi mirada puesta fijamente en esa vida eterna.

¿Entonces qué ocurrió para que mis deseos apuntaran al cielo? Ser otro Cristo está muy bien (1 Pedro 2, 21 / 1 Corintios 11, 1), pero ese no es nuestro último objetivo. Además, lo comparto como algo mío, para un examen de consciencia personal, puede teñirse de cierta vanidad o soberbia espiritual: un cristiano «perfecto». Sin embargo, somos peregrinos, y nuestra meta es el cielo. Nuestros ojos deben estar puestos en el cielo. Jesucristo es el camino para entrar en él. Y seguir viviendo la comunión con Dios. Lo que ocurrió fue que entendí que nuestro fin no es «simplemente», la comunión con Dios aquí en la Tierra, sino, sobre todo, después de la muerte, después de dejar este mundo. Ustedes me dirán: ¡Pero Pablo... es la razón por la que nos esforzamos por ser buenos cristianos! Bueno, en mi caso, no lo he tenido así de claro por mucho tiempo.



El combate espiritual. Ese cambio de mirada espiritual en mi vida puede parecer algo sutil, pero en la medida que pasa el tiempo, va teniendo consecuencias en mi lucha espiritual. Me dispongo a luchar por mi santidad, no «sencillamente», pues quiero ser como Cristo, sino porque deseo llegar al cielo. ¡Ojo! No deseo hacer una «parada estratégica» en el purgatorio. Quiero ir de frente al cielo. Por eso voy a poner todo lo que esté a mi alcance para la santidad, para ser como Cristo, a fin de seguirlo en el camino de la cruz (Mateo 10, 38). Y, muriendo con Él, tener la certeza de la Resurrección (Romanos 6, 1-14). En otras palabras, mi combate por la santidad es en



vistas al cielo, no para ser un cristiano «perfecto». Nunca vamos a ser perfectos, según la mentalidad del mundo. La perfección para el cristiano está en la vivencia de la caridad. Pecadores seremos siempre, la razón de la santidad aquí abajo —además de brindarnos la certeza de entrar por la puerta estrecha (Mateo 7, 14)— es para ser modelo y buenos apóstoles, ayudando a que otros también puedan llegar al cielo. San Pablo es muy claro cuando nos dice que, para él, la vida es Cristo, y la muerte una ganancia (Filipenses 1, 21 / Gálatas 2, 20). Él quería quedarse, experimentaba el llamado claro al apostolado, y nada más. Si dependiera de su voluntad, preferiría estar en el cielo. Por ello te pregunto ahora: ¿Quieres estar ahora mismo en el cielo?

Me refiero a dejarlo todo, absolutamente todo, en este mismo segundo. No mirar atrás, desapegarte de todo... supongo que nos estamos entendiendo mejor. Así lo espero.

Las cruces de la vida. Aprender a sufrir es una clave para la felicidad. Y el más grande sufrimiento en esta vida —hay que decirlo, pues me parece que muchos no lo tenemos tan claro— es el propio pecado. Las peores enfermedades, los grandes motivos existenciales de dolor... nunca serán tan dolorosos como la ruptura y lejanía progresiva que vivimos de Dios mientras más pecamos en nuestra vida. El origen de todo mal, frustraciones y sufrimientos es el pecado. El no ser capaces, muchas veces, de mirarnos en el espejo y reconocer nuestras miserias humanas. Precisamente, porque el pecado es algo horrible, que desfigura nuestra imagen divina y nos aleja de lo que más queremos vivir: amar y ser amados. Lo que puedo compartirles de mi experiencia última, es que, ese deseo de morir y tener la tranquilidad de merecer el cielo me está ayudando mucho a pelear, no solamente contra esos pecados graves, o aquellos con los que cojeamos de toda la vida. Sino también contra esos veniales, esos «detalles» que sabemos, también nos alejan del Padre, y a los cuales debemos morir.



Apuntar al cielo exige de nuestra parte una entrega total. No se puede escatimar, caer en la tibieza, o contentarse con la mediocridad (Apocalipsis 3, 20). Tener la tranquilidad que te estás entregando con total generosidad.

Por supuesto, no es fácil. Si me preguntan ¿cómo me va? Soy honesto, y les digo que sigo pecando, sigo batallando contra esos pecados veniales... pero sé que, si me esfuerzo y sigo queriendo ir al cielo, mañana podré —Dios mediante— deshacerme un poquito más de mi hombre viejo, como nos lo enseña San Pablo en sus cartas a los Colosenses (3, 9-10) o Efesios (4, 22). Quizás al día de hoy, he vencido dos de cinco, mañana podré ganar más batallas. Finalmente, te exhorto a que nunca te olvides que vamos juntos al cielo. El combate de la vida cristiana no es algo individual, algo que te toca solamente a ti. Nuestra pelea es conjunta, somos Iglesia. Y ese amor que le tenemos a Dios y por el cual queremos ir al cielo, lo vivimos con los demás. Por lo tanto, si es un amor cristiano, abre nuestro corazón a la preocupación por los demás. Es más, como bautizados, todos tenemos un llamado claro, además de la propia santidad, a la evangelización y proclamación de la Buena Nueva.

Como consagrado, además, el sentido de mi vida es la vocación apostólica. Por lo tanto, como san Pablo, la razón por la que estoy vivo en este mundo, y el tiempo que me quede, es para ayudar a que otras personas puedan ir al cielo. ¿Te unes?

